

La inauguración de la Biblioteca Municipal de Chinchón, instalada por la Diputación Provincial a través del Centro Coordinador de Bibliotecas, fué un acto que revistió especial solemnidad. El Obispo Auxiliar, Dr. Ricote, bendijo el local.

LA feliz iniciativa de la Diputación Provincial de celebrar anualmente el «Día de la Provincia», adjudicado cada año a un partido judicial, tuvo su comienzo el año pasado, correspondiendo al de Colmenar Viejo, ya que Alcalá de Henares cedió su derecho o su primacía que, por orden alfabético, le correspondía. Y este año el «Día de la Provincia» ha tenido por escenario a Chinchón.

Y si el año pasado aquella celebración alcanzó un gran éxito, no ha sido menor el del actual, en el que el «Día de la Provincia» —que por virtud del Presidente de la Corporación es un día de setenta y dos horas— ha alcanzado unos límites insospechados, por la brillantes del marco escogido para la celebración del festival literario-musical, los Jardines del Príncipe, de Aranjuez, que prestaron un encanto, no por esperado menos esplendoroso.

LOS ACTOS DE CHINCHÓN

Pero no vayamos al final, que hay mucho que comentar antes. Ignoramos, porque no asistimos a ellos, los actos del domingo celebrados en el propio Chinchón —la cabeza del partido—, donde un brillantísimo festival taurino puso la nota alegre y españolisima de nuestra fiesta nacional, que tratándose de nuestra tierra y más en un programa de actos confeccionado por uno de los primeros

Chinchón.— El festival taurino.— Biblioteca Municipal.— La ruta turística.— La ciudad de la radio.— Villarejo.— Colmenar de Oreja y su champiñón.— Aranjuez.

aficionados de España —el Marqués de la Valdavia—, no podía faltar.

Y junto a la alegría del festival de toros en sí, la extraordinaria del bien hecho con lo recaudado en ese festival dedicado al Asilo de Ancianos existente en aquella Villa. La generosa participación en el festival de destacadas figuras de nuestra fiesta nacional, hizo que todo el mundo saliera contento. Los aficionados —tanto los jóvenes como los viejos, más aún éstos, que con nostalgia contemplaron la antigua barrera de la plaza de toros vieja de Madrid, testigo mudo de tantas y tantas bellísimas



BREVE RECORDATORIO DEL DÍA DE LA PROVINCIA

escenas de la fiesta de toros—, como los profanos, pues el espectáculo de color y luz que la fiesta tiene se acrecienta cuando el escenario, en vez de la fría, matemática y calculista arquitectura de una plaza de toros monumental, es la arcaica y desigual de una plaza de un pueblo, convertida en coso taurino. Y también los que teniendo a su cuidado esos fines de beneficencia, veían que con aquel ingreso que el festival les deparaba se iban a poder atender o remediar necesidades; no a crear lujos, pero sí a dar a sus instalaciones un mínimo de decencia.

Otra nota simpática fué la inauguración de la Biblioteca Municipal de Chinchón, instalada en un local amplio y cómodo. Cuenta esta biblioteca con un fondo bibliográfico inicial de 2.000 volúmenes, susceptible de aumento. El Marqués de la Valdavia y el Diputado provincial don Eugenio Lostáu, en sus discursos, destacaron la importancia de esta inauguración que tanto ha de influir en el mejoramiento cultural de Chinchón, y que, sin duda alguna, ha sido muy favorablemente acogida por los vecinos de la localidad. Bien lo demuestra —nos decía unos

días después el Alcalde de Chinchón, don Juan Rodríguez Ortiz de Zárate— el que la Biblioteca resulta ya pequeña, hasta el extremo de que el público lee en las escaleras y en el patio del edificio, por estar casi siempre ocupadas las 40 plazas del salón de lectura. Nosotros, al resaltar esta realidad, nos congratulamos del éxito y felicitamos a la Diputación por su feliz iniciativa.

LA RUTA TURISTICA

Pero el lunes vino la ruta turística. Las alegres caravanas de los autocares, salpicados por los coches turismo, llenaron las carreteras de esta nuestra provincia de Madrid, a la que un día Víctor de la Serna llamara «La bella desconocida», y que ahora, a medida que la vamos conociendo, nos va gustando más.

Fué la primera etapa Arganda, la del vino famoso, a orillas del Jarama, y en ella la ciudad de la Radio, esa maravilla encantada de la que todos siempre hemos oído hablar, pero no hemos visto nunca. Aún después de ver aquellas antenas de 160 metros de altura, aquellas naves con grandes instalaciones de hierro pintado de azul, aquellas gigantescas lámparas, etc., aún nos queda el deseo de llegar a casa y abrir el aparato para sacar de dentro a esa persona que unas veces nos acaricia con su femenina y musical voz, otras veces, las más, nos pone unos discos, y otras, en fin, nos molesta con la retahila de la guía comercial.

Pero, sin embargo, con qué orgullo escuchábamos a los ingenieros cuando éstos nos decían que con aquellas instalaciones España, en el campo de la radiodifusión, entraba a codearse con los más grandes de esta modalidad de propaganda (Estados Unidos y Rusia). Ya nuestra voz, que con tanta ilusión escuchan nuestros hermanos de América, los allí nacidos y sobre todo los millares y millares de españoles que a ella marcharon y allí continúan, y que no olvidan a su Patria y vibran de entusiasmo al escuchar su música y sus noticias, las de su Patria, su provincia y hasta su mismo pueblo, se va a oír con toda claridad y ya, también, esa voz que pregona un día y otro la verdad de España y los postulados de la fe cristiana, va a llegar a esos aparatos que al otro lado de los telones de acero palpitan al unísono de los corazones de los pueblos dominados, pero no sometidos.

Y después de la visita a la Ciudad de la Radio, continuamos el viaje, y en Villarejo de Salvanés es la Salve cantada a la Santísima Virgen de la Victoria y la exposición de pintura y la maravillosa visión de los restos del antiguo castillo. Y en Colmenar Viejo, la iglesia que, tras los saqueos y destrozos que los enemigos de Dios la causaron, va poco a poco rehaciéndose, y es otra plaza de pueblo con talanqueras y ruedo preparados para la corrida de toros próxima a celebrarse.

Y aquí, en el flamante Casino, el vino español, con su acompañamiento de jamón, etc., y, sobre todo, el producto de la tierra, el champiñón, con una preparación que lo hace más apetitoso aún, y que si por un lado despierta

nuestro apetito, por otro despierta nuestro numen, y en seguida se compone el canto al champiñón, que dice así:

*Colmenar de Oreja,
la ruta turística,
una gran iglesia,
dos o tres cosillas.
El Casino,
un vino,
la gran sensación ;
¿cuál? :
¡el champiñón !*

*¡Tierno, calentito !,
con su poco de ajo
y su perejilito.
Dos, manos, diez manos ;
sale un tenedor ;
qué cosa más rica,
qué suave delicia
es el champiñón.*

*Ya nos sobra el lomo ;
dejamos jamón ;
pero en una mesa,
allí en un rincón,
aparece un plato
¡del gran champiñón !*

*Diez manos, cien manos ;
el plato se acaba ;
ya vienen los coches ;
nos vamos, nos vamos ;
pero en el recuerdo
y en el paladar,
y, aunque sea raro,
en el corazón,
guardamos recuerdo
¡del gran champiñón !*

*Colmenar de Oreja ;
la Diputación,
nos ha deparado
probar y gustar
¡tu gran champiñón !*

Y en Aranjuez, tras el banquete y su secuela de reparto de los premios periodísticos que la generosidad del Marqués de la Valdavia nos ha concedido, la marcha a los jardines del Príncipe, unos en los prosaicos autocares y otros en la poética lancha que remonta el Tajo y llega al Embarcadero Real, dejando tras de sí una estela de majestad que en Lisboa se funde en el Atlántico.

Y en este maravilloso recinto, la voz cálida del Marqués de la Valdavia, el discurso lleno de vigor juvenil de Dionisio Ridruejo, la dulce melodía de las poesías premiadas, el encanto infantil e ingenuo de la «función» del TEU y, al fin, el prodigio de la música clásica, esa música que nos habla de los jardines de Aranjuez y que ahora escuchamos en esos mismos jardines que el maestro Rodrigo buscara para su inspiración, y que aquí suena mucho mejor que en cualquier escenario de teatro o de sala de conciertos.

La noche va llegando ; aún suenan los violines y el perfume de los jardines se enreda con las notas musicales en el dorado caer de la tarde en este rincón de ensueño.

RAFAEL CHICO

ARANJUEZ, ejemplo a seguir

RECORDEMOS el «Día de la Provincia» celebrado los días 3, 4 y 5 en diversos pueblos del partido judicial de Chinchón. Meditemos sobre las enseñanzas sacadas. Bastará mirar un mapa, un mapa de la provincia de Madrid, para encontrar, en el triángulo que aproximadamente forma, algo extraño. Es a modo de un añadido. Está como pegado, imprevisto. Y en este boteón que cuelga tenemos un pueblo del partido judicial recorrido: Aranjuez.

Aranjuez se presentó a nosotros también imprevisto. Es verde, esto no hace falta decirlo; pero conocido Chinchón, vistos los pueblos de Villarejo de Salvanés, de Belmonte del Tajo, de Colmenar de Oreja; dejados atrás los riegos empezados de Arganda, Aranjuez, con sus árboles altos, con su vega extensa, con sus palacios, con su ausencia absoluta de polvo, ese polvo insistente que nos ha seguido durante todo el camino, es un descanso. Los ríos escuálidos que antes vimos son ahora un Tajo ancho, donde, maravilla de las maravillas, hasta pueden bogar barcas. ¿Estaré soñando?, se pregunta uno. Y los ojos, vacíos ya de polvo, descansan en el verde. Ves los canales prietos de agua. Oyes su rumor. O lo presentes, que para el

caso es lo mismo. Y ves, por encima de todo, un vestido nuevo sobre la tierra desnuda dejada atrás.

Aranjuez es, aunque sea para otros un lugar de reposo, de decadencia, donde iban unos príncipes a solazarse, la voluntad decidida del hombre que no quiere, no se conforma con su suerte y lucha por mejorarla. Está ahí como un ejemplo a seguir. Es como un sacrilegio sobre la parda tierra de Castilla. Pero sacrilegio, entendámoslo bien, de los que añoran una Castilla triste y de una pavorosa belleza, entre harapos sucios que ni la cubren las desnudeces. Una Castilla sin pulso ni fe. Sin entrañas para engendrar. Por eso Aranjuez, el ejemplo de Aranjuez, es el triunfo de la norma, del esfuerzo, del trabajo de cada día, sobre lo disparatado y violento. Allí no se espera que Dios cada día realice un milagro; se pone el milagro del trabajo diario y Dios ayuda.

Es cierto que Aranjuez tiene un río ancho al lado y



unas tierras planas propicias para la vega. No todas las tierras de Madrid —concretándonos a la provincia de Madrid— reúnen esas condiciones. Al recorrer el partido judicial de Chinchón en estos días así lo hemos visto ; lo hemos vuelto a ver, mejor dicho.

Esos montes pelados donde crecen unos hierbajos, donde la tierra vegetal ya no existe. Esos montes sin utilidad práctica para nada, que nos oprimen el alma. Que dejan en nuestro ser una sensación de tristeza, de desolación, de pobreza. De una pobreza mísera que se entra por las fibras más íntimas de nuestra alma. Esos montes, ¡ Dios !, qué bellos se los imagina uno llenos de árboles. Con bosquecillos numerosos que cubrieran el ocre amargo de las tierras. Y puestos a imaginar, pensamos lo que estas tierras, que están al lado de Madrid, que son Madrid mismo, serían muy otras si una labor continuada y eficaz, que salta fuera de la labor puramente oficial, convocara a los hombres de estos pueblos, que viven este paisaje, a recubrir de árboles esas tierras arrebatadas al árbol y que son o del árbol o de nadie.

Sí ; aprovechar las vegas donde los ríos pasan. Regar allí donde haya agua. Pero también vestir esa tierra que tiritita sin bosques, que pide bosques.

Ya nos imaginamos el plan. En cada pueblo, por pequeño que sea, un bosquecillo. Nos damos cuenta el trabajo que ha costado conseguirlo. Es difícil en esta tierra áspera, donde las lluvias son escasas, conseguir un árbol. Antes el sol y la ausencia de agua hacen pasar por verdaderos puntos críticos. No todos los que se plantan prenden. Ni los que prenden perviven. ¡ Pero qué bello estaba el bosque al final ! Es cierto que todos los años había que reponer muchos plantones. El primer año, y a veces hasta más, tienen que ser regados. Los bosques, por lo tanto, habían de estar en las cercanías del pueblo, donde el agua estuviera cerca.

Tenemos ya el primer bosque. Por la carretera, entre los cerros desnudos, hay uno verde. Es bello de verdad. Al mirarle, nuestros ojos se encalman, des-

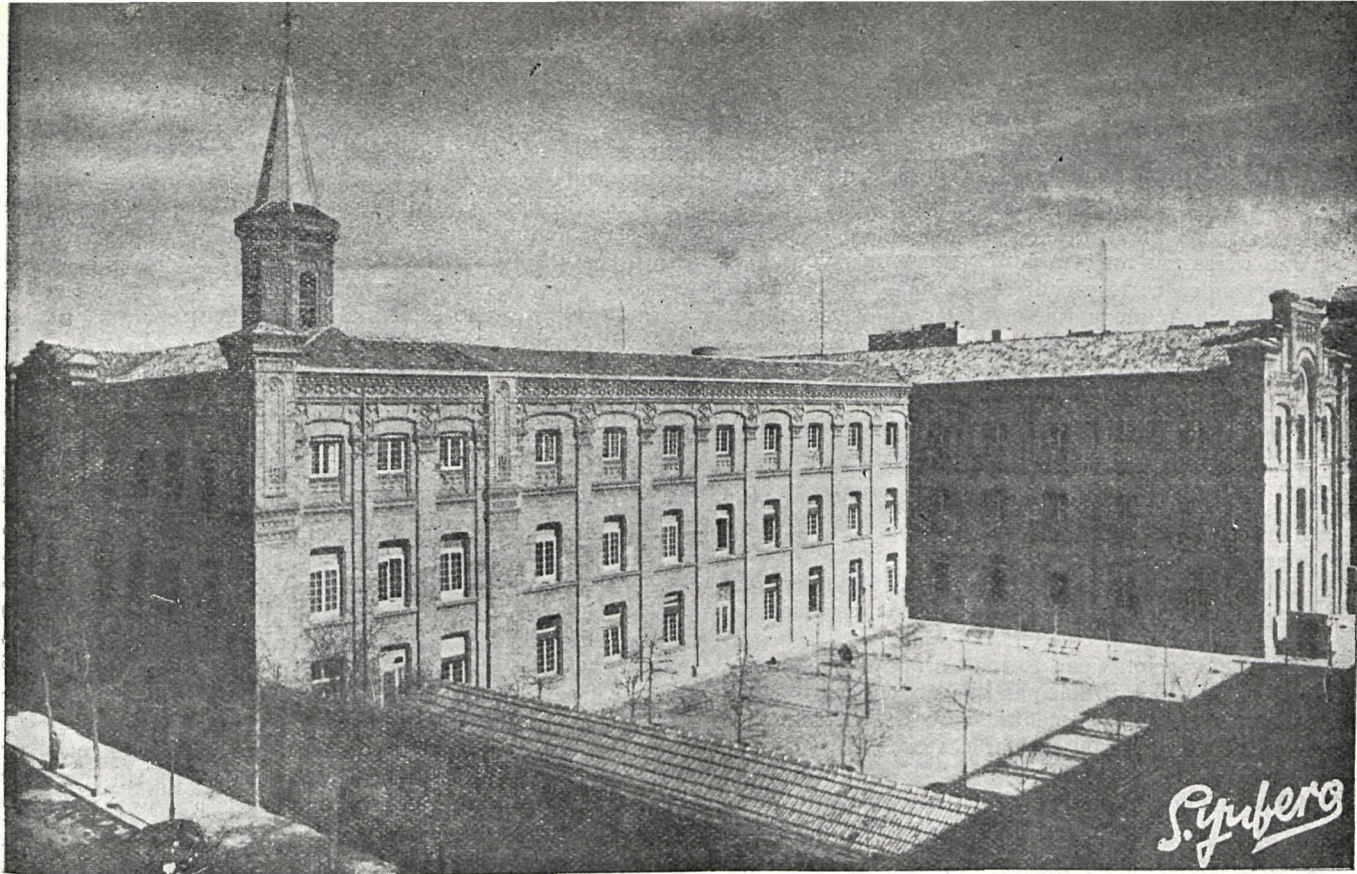
cansan. En verano el sol parece hasta menos fuerte. La tierra no tiene ese sabor trágico de antes. Ha perdido mucho de su aspereza, de sus salidas de tono. Los hombres son más equilibrados, menos violentos. Esperan más en su trabajo, pues hasta la tierra rinde más. Se ha buscado el agua y allí donde la hay se riega. No hay norias arcaicas ; son bombas eléctricas y de gas-oil. El campesino ese que ahora vemos apenas salimos de Madrid, comido por el sol, reviejo y torpe, toma ya los adelantos que la técnica le da. Es menos duro su trabajo y más remunerador. No se nota ya la distancia tan brutal entre la ciudad lujosa y el campo mísero. Hasta Madrid, capital, ha perdido ese carácter de ciudad tirada a voleo en medio de una tierra inhóspita, incapaz de producir nada. Los pueblos que le rodean son pueblos rientes y alegres. Las casas tienen ya más gusto. Hasta la gente viste mejor. Es otro mundo, otra cosa.

Los hombres éstos, de años haciendo siempre las mismas faenas, tienen algo nuevo a realizar. Han aprendido a amar al bosque. Buscan el agua con verdadera ansia y riegan no sólo tierras llanas, sino hasta cerros que antes parecían imposibles, negados a toda vegetación. Hay algunas fábricas que consumen materias primas del país. Y por encima de todo hay una hermandad perfectamente lograda entre los hombres de la ciudad y el campo. No se miran de reojo. Se conocen mejor y saben complementar sus virtudes.

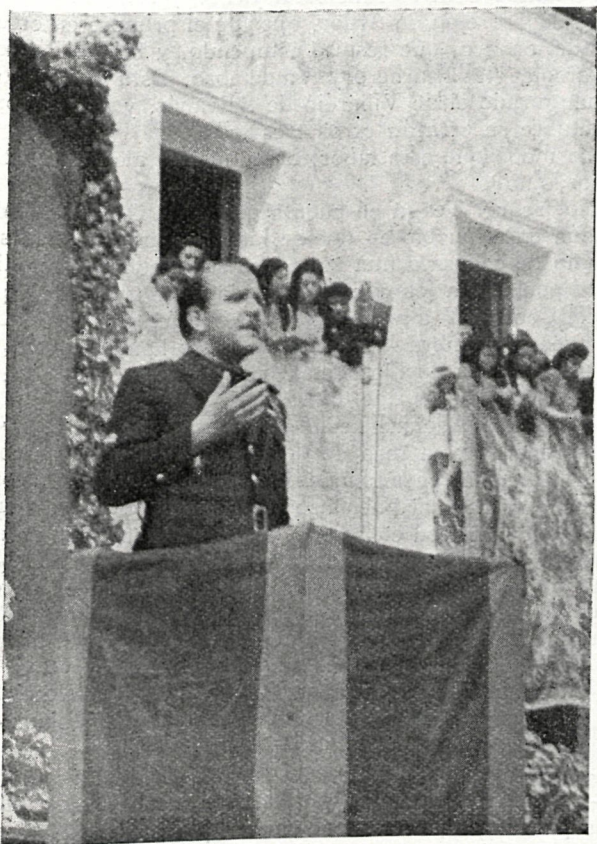
Quizá todo sea un sueño imposible de realizar. Estamos dispuestos a no creerlo. Esperamos mucho de este acercamiento que el «Día de la Provincia» nos depara ya hace dos años. Y por de pronto, como un ejemplo, como una muestra práctica de lo que serían esas tierras cambiadas, tenemos a Aranjuez. Un milagro en medio del desierto. Nosotros creemos en el milagro porque hemos visto Aranjuez, esa tierra que Dios ha añadido a la provincia de Madrid. Y Aranjuez reúne ahora todas nuestras ilusiones.

OCTAVIO RONCERO





Vista del Colegio de Nuestra Señora de las Mercedes.



D. Argimiro Torrecilla Cimadevilla, Presidente de la Comisión de Educación, cuyas declaraciones al «Norte de Castilla», de Valladolid, hemos creído oportuno reproducir.

LA Diputación Provincial viene desarrollando, junto a otros aspectos dignos del mayor encomio, una obra educativa que merece ser destacada y puesta como ejemplo. Es principal impulsor de esta gran obra, y en alguna de sus facetas creador, el Diputado provincial, Vicepresidente de la Comisión de Educación de la Diputación madrileña, don Argimiro Torrecilla, a quien nos hemos dirigido para pedirle los datos necesarios para este reportaje.

Don Argimiro Torrecilla se ha mostrado en seguida dispuesto a facilitarnos la información necesaria.

—¿Muchos años de Diputado provincial, señor Torrecilla?

—Desde 1949.

—Además de presidir la Comisión de Educación, ¿ostenta algún otro cargo dentro de la Diputación?

—Soy el Diputado Visitador de los Centros docentes que la Diputación sostiene.

—¿Cuáles son esos Centros?

—Los Colegios de San Fernando, de las Mercedes y de la Paz.

—¿Objeto de ellos?

—Educar niños y niñas huérfanos, naturales de la provincia de Madrid.

—¿Dentro de qué límites?

—Sin límites. En nuestros Colegios reciben los huérfanos toda la asistencia, como los más celosos padres puedan dársela a sus hijos.

—¿Se les da carreras a los acogidos?

—Se les pone en condiciones de llegar a donde alcanzan las aptitudes de cada uno, desde el oficio más sencillo hasta la carrera universitaria.

—¿Han terminado algunos carreras universitarias?

—Este año, en el Colegio de las Mercedes, una señorita se ha licenciado en Ciencias Químicas. Otros han he-

Más de veinte millones de pesetas invierte la Diputación Provincial en obras educativas

Los Centros Pedagógicos son una original y eficaz medida para combatir el analfabetismo de quienes saben leer y escribir.

cho la carrera de Derecho, etc. En este sentido, procuramos dar exacto cumplimiento al punto 24 de la Falange.

—¿Y los que no estudian carreras?

—Se les prepara bien para el desempeño de un oficio para el que muestren mejores aptitudes y más vocación. Las niñas aprenden corte y confección, taquigrafía, mecanografía, idiomas, muñequería, etc.; los niños, sastrería, mecánica, en fin, oficios propios de hombres; pero no se les enseña de un modo superficial y para que aprendan un poco de cada cosa, sino cada oficio se enseña de suerte que puedan ejercerlo con la mayor destreza. En suma, niños y niñas salen de nuestros Colegios perfectamente preparados para la vida.

—¿Otras facetas de la obra educativa de la Diputación?

—Las subvenciones, las becas y los campamentos.

—¿Quiere explicarnos estos puntos?

—La Diputación concede subvenciones a distintos Centros de enseñanza primaria de la provincia: escuelas nacionales, municipales y privadas, con tal de que sean gratuitas. Esta subvención tiene forma de apoyo económico, sobre todo en aquellos problemas que no pueden resolver algunos Ayuntamientos, adecentamiento de locales-escuelas, adquisición de material escolar costoso, etc.

—¿Las becas?

—La Diputación sostiene un cierto número de becas fijas en Centros tales como los Colegios de Sordomudos y de Ciegos, pero también tiene establecidas becas para estudios y auxilios a estudiantes necesitados. Los auxilios consisten principalmente en facilitar a dichos estudiantes los necesarios libros de texto.

—Y las becas, ¿para qué clase de estudios son?

—Para todos. Tenemos becas de 2.500 pesetas para estudios de Bachillerato, Seminarios, Magisterio y otras de 10.000 pesetas para estudios universitarios. También se han establecido unas becas para artistas: pintores, escultores, etc. La Diputación invierte al año más de medio millón de pesetas en becas y aspira a aumentar esta cantidad.

—¿Otros aspectos más?

—Sí, es importante también la relación íntima y de eficaz colaboración que mantenemos con el Servicio Español del Magisterio, con el Frente de Juventudes y con la Sección Femenina en muchos aspectos educativos, y sobre todo en lo que respecta a la obra de los campamentos, con actuación muy eficaz de estas últimas organizaciones.

—¿Y no es hora ya de que me hable usted de esos magníficos Centros Pedagógicos que la Diputación está creando en algunos pueblos?

—Tenemos, efectivamente, puesto un gran entusiasmo en esa obra de los Centros Pedagógicos en coordinación con el Servicio Español del Magisterio de Madrid, que en todo momento se presta a darnos su valiosa colaboración llena de aciertos, muy especialmente por su probada competencia en esta materia educativa.

—Tenemos entendido que usted fué el creador de tal obra.

—Todo se debe a la Comisión de Educación y al apoyo que toda obra buena recibe siempre por parte de nuestro Presidente, el Marqués de la Valdavia. Yo presenté, sí, una moción encaminada a señalar el medio eficaz que la Diputación podría utilizar para coadyuvar a la campaña contra el analfabetismo, iniciada por las autoridades nacionales.

—Entonces, ¿la finalidad de estos Centros es enseñar a leer y escribir a quienes ya no están en edad escolar.

—No, señor. Estos Centros pedagógicos tienden a combatir el analfabetismo de quienes saben leer y escribir.

—¿Cómo? Por favor, quiere usted explicarnos esta paradoja?

—No hay tal paradoja, pues yo entiendo que hay un analfabetismo mucho peor que el de quienes no saben leer ni escribir, y es el que padecen cuantos leen, pero no «digieren» la lectura. Y estos Centros pedagógicos van encaminados a sacar de esa esterilidad cultural a nuestros jóvenes, y no sólo a enseñar a éstos a leer y escribir, si es que no saben, sino a poner a estos muchachos en el

trance de crearse inquietudes de poder saborear la cultura, de sentir ese gozo que da el percibir uno mismo cómo se le abren a una horizontes no sospechados. Nuestra labor será como el complemento cultural que debe recibir esa juventud que aprendió a leer y escribir, pero sin tener ocasión de recibir la necesaria educación de su espíritu para sacar provecho espiritual de sus lecturas.

—¿Procedimientos?

—Antes que nada, dotar a la escuela rural de medios adecuados para desarrollar esa labor.

—¿En qué consisten esos medios?

—Tome usted nota del equipo de que consta cada Centro pedagógico: 1) Cuatro bibliotecas: una formada por libros para escolares, otra para adultos, otra para iniciación profesional y otra para el maestro. Con los libros enviamos armarios desmontables, las mesas y sillas adecuadas, los portalámparas, etc. 2) Un equipo de cine sonoro, de banda de 16 milímetros, al que sucesivamente se le van suministrando después películas bien escogidas para que cumplan los fines apetecidos. 3) Una radiogramola con su discoteca bien surtida, desde la música popular moderna hasta canciones regionales y música clásica. 4) Un teatro guiñol. 5) Un laboratorio de psicología experimental y otro de ciencias físicas y naturales. 6) Un micrófono amplificador, que permite dar clases a grupos amplios de alumnos.

—¿Personal especializado?

—Los maestros nacionales de las respectivas escuelas. Todos acogen con un gran entusiasmo la institución de estos Centros y están realizando una labor verdaderamente cálida y eficazísima.

—¿Cuántos Centros funcionan ya?

—El de Torrejón de Ardoz, que fué el primero en crearse, el del ensayo, que resultó estupendo, y los de Pozuelo de Alarcón, Navalcarnero y Vaidemoro. Está a punto de ser inaugurado el de Villarejo de Salvanés, y en el próximo octubre se crearán otros tres más.

—De modo que esta labor, hasta ahora, alcanza a ocho pueblos, ¿no?

—No, señor. Tenga en cuenta que cada Centro no sólo funciona en el pueblo en que se instala, sino que éste sirve como de cabeza a una zona que suele comprender diez o doce pueblos, a los que se trasladan por turno los equipos del Centro. Y advierta también que junto a esta labor está nuestra siembra —que así podemos llamarla— de bibliotecas por los pueblos de la provincia.

—¿Además de las que dijo antes?

—Sí, señor. Además de las bibliotecas de los Centros, hemos repartido ya más de doscientas bibliotecas escolares de iniciación, encaminadas, sobre todo, a acostumbrar a niños y adultos al buen uso de las bibliotecas en general, al modo de leer en ellas y aun de comportarse en sus locales, al buen gusto en la elección de libros, etc. O sea, enviamos bibliotecas vivas, no meras expediciones de cajas de libros. Y en esto huelga decir cuán valiosa es la parte que ponen los maestros de cada pueblo.

—¿De cuántos volúmenes constan esas bibliotecas?

—Cada una consta de un centenar de libros seleccionados, que después se van incrementando con sucesivos envíos de libros.

—¿Más actividades?

—Los premios anuales que la Diputación tiene establecidos para los maestros nacionales que más se distinguen en la provincia por su labor escolar.

—¿Cuánto dinero le cuesta a la Diputación el sostenimiento de tan interesantes actividades?

—Ya en el Presupuesto de 1953, la Diputación invirtió más de veinte millones de pesetas en su obra educativa, cantidad que en este ejercicio será bastante mayor, porque casi todos esos servicios han ido siendo incrementados.

Don Argimiro Torrecilla nos muestra estadísticas, fotografías, trabajos de diversa índole, por los que vemos cuán interesante, intensa y entusiasta es la labor que la Diputación Provincial de Madrid realiza en el aspecto educativo, y nosotros felicitamos efusivamente al señor Torrecilla por esta hermosa labor.

ANGEL LERA DE ISLA